

Las intermitencias de Marimar

D. JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

Sin ir más lejos, su boca. Y no es que prefiera de su cuerpo los labios o el conjunto armónico de sus dientes, sino que siempre que hablo de ella lo primero que recuerdo es la forma y el color de su boca. ¿Sabes? Unos labios estampados sobre un espejo, el carmín rojo que vuela en el firmamento del cristal con una limpia vocación de beso. Imagínatelo y verás su propia boca firme y sugerente. Del mismo modo admiro de ella que guarde silencio mientras cae a su alrededor un chaparrón de palabras.

Desde que se mudó a vivir con nosotros he pensado considerablemente en las estrellas, bastante en los poemas y aún he reservado algo de mis reflexiones para la música y para lo que tiene relación con la armonía, esa búsqueda incansable de la perfección. Me gusta observarla y extraer mis propias conclusiones: a veces aparenta que está viviendo el doble que el resto otras veces, en cambio, creo que no está aquí, aunque su cuerpo lo niegue con su garbo abundante. Se llama Marimar y tiene una mirada que inquieta y un lunar en la palma de la mano.

Cuando llueve y el agua moja la tierra, me da la impresión de que ya ha llegado y me dice: *hola, Daniel, ojalá*. Al despertar, abro las ventanas y un perfume a viento se filtra en la habitación. Ese es su aroma. Pero lo es también el de tu comida favorita, el del chicle de fresa que bascula entre las muelas, el de la canela mezclada con la vainilla o el de las jaras agitando sus melenas a contracorriente. Tu olor preferido es el que la encarna, tanto da que sea el de la gasolina o el de algún linimento que se te aplica en las contracturas de la espalda. Cuando huelo bien y llueve y sopla el aire en los jardines y la vainilla se mezcla con la gasolina del linimento de las jaras, sé que Marimar ha entrado por la puerta de nuestra casa y está deseando que alguien le diga: *hola, Mariluz, ojalá*.

Es clavar su llave en el intersticio de la cerradura y figurarme de inmediato el paisaje de un paraíso. Me lo figuro así: un estanque cristalino clavado de antorchas de luz que se reflejan en la superficie, como focos que iluminaran el nenúfar en el que me estoy meciendo a la espera de su llegada. Para mí el edén no es más que ocupar el mismo sitio en el que ella se encuentra, mientras habla de esas naderías que esconden algún dilema o una trascendencia insuperable. Al entrar en nuestra casa, recorre los pasillos con los zapatos en la mano, como si pretendiera no despertar a nadie o no quisiera llamar la atención por alguna causa que se ceba únicamente en su cabeza. Suele hacer eso de los zapatos y luego se quita el abrigo y lo

cuelga en el manillar de la bicicleta estática, la que aguarda su oportunidad en el cuarto vacío, donde nunca ninguno se cuela porque es su refugio y allí se aísla.

Entre nosotros no solemos hablar mucho. De vez en cuando algún comentario se nos escapa, pero es escasamente común que nos dirijamos la palabra los unos a los otros. Si Marimar nos convida con su presencia, todo es distinto. No hay nadie que esconda su verborrea, ni sus ideas filosóficas ni sus pensamientos más frívolos. Cuando le hablamos nos mira hipnotizada, como si se sintiera de veras el don de una referencia y hubiera aprendido que la virtud de entre las virtudes consiste en escuchar. Por otra parte, cada cual tiene sus rutinas. Yo por ejemplo no salgo nunca a la calle, estudio esto del ingreso a la universidad y en el momento en que me toque examen, marcharé a resolverlo. Los hechos son así, uno acaba por acostumbrarse a lo que existe y, aunque haya rezongado lo suyo en los principios, al final se acomoda y se acabó. ¿Que cómo es nuestra casa? Deberías verla. Tiene idéntico armazón que una residencia de estudiantes clásica, pero solo es fachada. Interiormente cada esquina chirría y casi nadie disfruta de las comodidades de que dispone. Nos quejamos demasiado y esto hace que la convivencia sea complicada, tal vez porque el ser humano es del mismo modo complejo. Y para colmo está lo de las intermitencias de Marimar.

Somos cinco los que habitamos la casa, además de la compañía imprescindible de Marimar. He olvidado el día y el porqué de que Marimar viniera a vivir con nosotros. Es posible que llegara con la lluvia, con el cabello empapado de luna y el rostro calcinado de hambre. Ahora no lo recuerdo. Lo he olvidado por una cuestión de práctica comodidad: acaso ignorando lleguemos a ser incluso sabios. Somos de diferentes regiones, te informo, y no creo que se trate de ninguna casualidad que cada uno de nosotros provengamos de lugares tan opuestos. Los acontecimientos se componen a base de azares. De cualquier forma da igual, no necesitamos las palabras ni tampoco compartir hábitos ni costumbres. Estamos aquí porque formamos unidad con Marimar y amamos la rapidez tranquila que nos propone su manera de considerar la existencia. Lo contrario sería rozar la blasfemia.

Mantenemos la práctica de escribir a retales en unas cuartillas recicladas que no sé quién se encarga de restablecer al agotarse. El proceso es muy sencillo: se toma un folio del expendedor, escribes lo que piensas y más tarde lo clavamos en la pared de la cocina. Cada uno es dueño de sus palabras, es honesto consigo mismo y con los demás y se encuentra obligado a mencionar algo sobre Marimar. De ese modo interpretamos que a Obiku le fastidiaba que Rolando fuera partidario del *Adagietto* de Mahler porque no cesaba de escucharlo noches enteras. En la misma anotación supimos que las bragas de Marimar que nuestro camerunés prefería eran las negras semitransparentes, las que llevan estampadas

unas flores concéntricas a lo largo de la tela y que sobresalen como estandarte luctuoso en la colada de nuestra fantasía las tardes que no amenaza la borrasca. IKN: Si me preguntas, ¿qué prefieres, el mar o la luz? Yo te contesto que mi único deseo es que Marimar me mire desde arriba, con los ojos de un faro que se hallara en el núcleo de una bruma ciega. Sí, es cierto, si me mira de frente soy capaz de verme reflejado en sus pupilas de mujer diosa y entonces sé que le pertenezco brevemente porque vivo apresado en sus ojos. ¿Te imaginas si pudiera vivir en ella siempre? La auténtica forma de suponerlo es fabularme allí dentro, reflejado en su hogar íntimo, yo, tan sereno, dibujado en sus ojos, como si participara de su cuerpo. Gratuitamente, sin intermitencias. Lo magnífico de imaginártelo es concebir la idea descabellada de hacerlo de continuo, de forma duradera, hasta la eternidad, significaría que me estaría mirando a cada momento, a mí, a Daniel, el que esto te escribe.

En algunos momentos, Marimar me da lástima. Sospecho que vivir entre tantas miradas debe de ser semejante a no abrazar nunca la franqueza. Es parecido a no ser tú cuando lo intentas, a convertirte en una especie de elemento actoral que interpreta el papel en una función sonámbula, escasa de público, sin repercusiones culturales. Hablar de Marimar en este ámbito es como crujir una nuez y posteriormente intentar reconstruirla. Marimar me apena cuando se lleva las manos a la cara y nos impone un duelo de tristezas. Cuando estamos aglutinados los cinco a su alrededor, a veces le da por las lágrimas y ninguno de nosotros sabemos reaccionar. Lloro mucho Marimar.

En una ocasión recogí uno de sus zapatos y me lo acerqué a la nariz. Ya te he comentado a lo que huele Mariluz, pero no sé si te he dicho que a su zapato le protege una suela sin tachas, sin muestras urbanas adheridas a él. Yo que apenas salgo a la calle, que no corro y que si lo hago es porque una ilusión me es contraproducente, mantengo mis zapatillas, ¿las recuerdas?, las blancas con tiras rojas sobre el flanco, las que me regalaste en mi último cumpleaños, desgastadas de suela. El zapato de Marimar parece nuevo, no hay nada que lo signifique como callejero, da la sensación de que permanece sin estrenar, como si caminase por avenidas nebulosas, esas calles de algodón que tienen el vado prohibido para el resto de los mortales. Es tal vez que piense que Marimar no pertenezca a este mundo.

De entre nosotros, uno tiene los ojos achinados. Es bastante, supongo, con declarar que nació en una de las Coreas, nunca sé en cuál de ellas, y piensa que los occidentales somos como una pasta sabrosa de moho. Nosotros le llamamos Wang Lee aunque ni siquiera sé cómo se llama en la realidad. Estudia Relaciones Internacionales y mantiene la jefatura de una empresa de pieles que se desarrolla a lo largo y ancho del mundo. Al principio salía de casa hacia alguna oficina o a la universidad, atendía sus negocios con

esmero pero, dada la inminencia de Marimar, ha trasladado su despacho a nuestra casa y controla su gerencia desde el teléfono e incluso por medio del ordenador. Yo sé que es el que me pega los chicles en la toalla y el que escribe notas en la puerta de mi habitación. Lo que ignoro es si sabe que soy incapaz de traducir ninguna lengua asiática. JRJxf Kevin S. llegó desde Sydney para aprender a tocar la guitarra. Nos aseguró que mientras escuchaba los arpegios de Paco de Lucía soñaba que estaba tocando él mismo, que era capaz de transportarse al momento mágico de la grabación y sentirse la propia mano del artista. Es ciertamente místico Kevin S. Lo demuestra mucho: practica el yoga, la meditación trascendental y el escapismo. Posee el inverosímil hábito de golpearlos con un paraguas y a continuación echa a correr. No lo considero mala persona, intuyo que se deja arrastrar en exceso por sus instintos de fracasado, por esa imposibilidad que le ahoga de igualar mínimamente el arte de Paco de Lucía. Por eso nos atiza con un paraguas, porque padece el miedo básico de las congojas. No es malvado Kevin S., ni mucho menos.

El mes pasado me atreví a escribir algo en nuestro foro particular. No soy muy dado a la exhibición, así que no acostumbro a comunicarme con mensajes comunales. Escribí: *¿pensáis como yo que Mar/mar es un poco como un paño hecha jirones o creéis que solo se trata de una coraza?* Nadie se atrevió a atajar la pregunta y el ambiente, ese día, te aseguro, quedó fracturado por la incertidumbre.

Es innegable que vivir con Marimar no siempre es beneficioso para nosotros. Imagínanos una noche de ocio cualquiera, los seis alrededor de la tele. Vestidos con batines de color, ya cenados, a la espera de que el sueño marque con sus nudillos nuestros cuerpos. Reconozco que contemplar a Marimar mientras come me proporciona la misma satisfacción que asistir a la bienvenida de un arco iris: no se sabe bien si bajo su hemisferio lloverán rayos azules, rojos o malvas. Al tiempo que Marimar ingiere su comida, va disfrutando a su imperio del mando a distancia. No sé si te he comentado algo del defecto de Marimar: es intermitente y, si se aferra al mando, su vicio asciende hasta la exageración. No hay nada más horrible que padecer las intermitencias de Marimar cuando vemos la tele, las noches en que nosotros cinco disfrutamos del ocio antes de la llegada del sueño. Ocurre que en esos instantes tenemos ganas de matar a Marimar, aunque esté mal el decirlo.

N: Hace tanto frío en la casa que vestimos una especie de escafandra diseñada por Marimar. Ella los llama batines, pero no lo son ni mucho menos. Cada una es de un color. La mía es roja porque afirma Marimar que llevo mechones de fuego escondidos en mis desvanes y que, si ella, me asegura, alguna vez se decidiera a tantearme interiormente, no olvidaría la cautela de emplear guantes ignífugos. Si se pone redicha Marimar a mí me

entra un temblor detrás de las orejas que hasta se me remueve cierta parte del cuerpo que no quiero nombrar. También esa parte se me despierta por la noche, cuando todo está oscuro y en mi mente preside el cuerpo de Marimar.

Rolando fijó la otra tarde una nota en la pared que no ofrecía muchas dudas. Escribió: *A1ariiiar tiene un amante. Los he visto junios saliendo de jiii coche. Se besaban.* Un mensaje lacónico que nos dejó bastante confundidos. Estudié palabra a palabra el texto y después intenté darle un sentido global. Una de mis lágrimas se desplomó contra el suelo. Al poco me lancé en plancha sobre la cama, bocabajo. Me cayeron encima preguntas silenciosas como ladrillos, intentando emparedarme con esa desgana de los asesinatos fortuitos. Volví a pensar mucho en los labios de Marimar y en su aroma y en el lunar de la palma de su mano. Por último un recuerdo llegó en mi ayuda, lo de las intermitencias de Marimar.

Esa noche intenté asfixiar a Rolando con su almohada. Me insistía con gemidos ahogados que por favor no lo hiciera, su pequeña mano redonda dibujaba señales de socorro en el aire, suplicándome, *por favor, no me niales.* Me dio mucha pena su mano pequeña llorando cobarde en el aire y le acabé soltando. Le exigí que volviera a poner en el tocadiscos el *Adagietto* de Mahler como si se tratara de una última voluntad. Lo escuchamos juntos, abrazados, con los ojos empañados por la nostalgia de una Marimar pura y limpia, la única Marimar posible. La que amamos todos. Nuestra Marimar.

Últimamente Marimar llega con retraso. Ha cambiado un tanto su forma de vestir y ya nunca se quita los zapatos al entrar en nuestra casa. Se pinta mucho los ojos ahora y le brillan con una de esas intermitencias de estrella. Le ha dado por fumar unos cigarrillos extralargos que huelen a tabaco de menta y deja sus soberbios labios clavados en los alrededores de las colillas. Las aplasta con mucha saña las colillas Marirnar, pudiera ser que así también nos quisiera aplastar a nosotros, sus antiguos hombrecitos. Está muy guapa Marimar, casi más que antes. Ahora nos comunicamos mejor. Nos ha costado mucho tiempo darnos cuenta de que entre nosotros también puede fluir la conversación sin ayudas. Por ejemplo, hemos sabido que a Obiku le gustaba incendiar hormigueros de pequeño, que Rolando admira a Mahler porque a su pobre padre le apasionaba y que Wang Lee no es de Corea, ni posee ninguna empresa, ni estudia nada de nada, sino que es de un pueblo del sur de Jaén, donde hace frío y calor al mismo tiempo. Yo les he confesado que si me entra el pavor, inmediatamente me tumbo a tiritar. Kevin S. nos ha aclarado muy poco de su vida por el momento, excepto que le palpita la mano derecha.

Tenemos curiosidad por conocer cómo es el amante de Marimar. Yo lo idealizo así: grande, provisto de unas alas a la espalda y con un rostro que es la mezcla de nosotros

cinco: la nariz de Obiku, los ojos de Wang Lee, las orejas de Rolando, el cerebro de Kevin S, y mi boca. No he tenido más remedio que planear el fin de mis compañeros de piso y después suicidarme bebiéndome un vaso de lejía.

Como piensa que no la escuchamos, la falsa de Marimar tararea una cancioncilla de amores. Nos distribuye a los cinco alrededor de su mesa, nos prepara y, mientras, ella se escapa por los límites de su nostalgia. Enarca las cejas y eleva los ojos hacia algún lugar que no se encuentra en el reino aislado de nuestra residencia. Nos deja con la palabra en la boca y creo que ya no le interesan nuestras anécdotas, ni nuestros pesares, ni la vida gris que arrastramos a duras penas en esta casa en que se está derritiendo a marchas forzadas el peso insoportable de sus paredes.

El enamoramiento de Marimar ha provocado que volvamos a ser lo que éramos. Dice Rolando que con Marimar presente nos encontrábamos hechizados y que su alejamiento nos ha hecho recuperar la parte de nuestras vidas que intentábamos olvidar. Con prudencia, además, nos ha confirmado que una noche que sonaba incansablemente el *Adagietio* de Mahler intentó asesinar a su padre.

Hoy mismo, fíjate lo que te digo, nos ha reconocido Wang Lee que vive aquí, entre nosotros, porque en cierta ocasión se vio implicado en un suceso que solventó con un hacha. Parecer ser que a Wang Lee le quisieron jugar una mala pasada y respondió rápidamente con el engranaje fulgurante de un hachazo. Así se las gasta el bueno de Wang Lee. Lo que está ocurriendo estos días es lo más parecido a un caos. Obiku no cesa de golpearse contra las paredes, quizás porque esté recordando a conciencia cómo las llamas derribaban las estructuras de ese edificio de su pretérito, mientras él las miraba como narcotizado. Kevin S. blande el paraguas en contra de todos, igual que si se encontrara bajo fuego enemigo en una batalla a espada, en un callejón sin salida, oscuro y encharcado, amenazante. Yo estoy empezando a tener tanto pavor que no hago más que tiritar a cualquier hora, excepto cuando me dispensan esas pastillas gualdas que saben tan mal.

Y Quiero que me saques de aquí, madre. Te lo pido con fervor, abriéndome el pecho en canal por ti. Te prometo que nunca más volveré a hacerlo, que ya estoy totalmente curado del vicio que me antecedió, de esas ansias de entrar a todas horas en una mujer. Te juro que yo solo conocí una tarde el cuerpo pulido de Marimar, que en solo una ocasión supe de sus intermitencias. A ella le gustaba llamarlo terapia afectiva, acaso un experimento proveniente de alguna escuela escandinava. He de declarar, en su honor, que ha sido el mejor sicólogo que he conocido en mi vida. Créeme, es tu hijo el que te lo cuenta, te juro que no sé quién se portó tan mal con Marimar, después de todo lo que hizo por nosotros.

